

LAS TRINCHERAS DEL EGOISMO

El Caos de las Tasas

En los presentes momentos, y de una manera generalizada, se impone a nuestra pluma una cuestión de interés profundo y palpitante. Esta cuestión, de visibilidad complejísima dentro de la vorágine aterradora de problemas que reclaman la atención nacional, representa tal vez el eje vigoroso enredador del cual, se mueven todas aquellas otras cuestiones, todos aquellos otros problemas, que constituyen hoy una zozobra interrogante para las críticas evoluciones de los destinos patrios, en la actualidad sometidos a una prueba brava, definitiva, concluyente...

Nos referimos a la política de subsistencias, acometida recientemente por el Directorio militar que ahora actúa en la vida española, y que no ha de alcanzar a nuestro juicio,—lealmente lo declaramos—toda la risueña eficacia que suponen aquellos espíritus fáciles siempre a experimentar la ebullición de un optimismo saludable y confortador en su origen, pero harto débil e inconsistente para resistir los embates de una realidad preñada de sorpresas inquietadoras y de complicaciones innumerables, de un constante reflujido de egoismos, de una eterna marea de ruinas apetitos, de anhelos ambiciosos, de feroces luchas intestinas...

Trátase de imponer la tasa a los productos más esenciales del consumo, una tasa inflexible, rigurosa, efectiva... La rectitud del intento—incurriremos en insinceridad si no lo confesásemos—no debe ser discutida ni mermada; mas no puede acontecer otro tanto con las probabilidades del éxito... Las enseñanzas de la práctica y los ejemplos de la historia, en este punto, nos marcan, inequívocamente, una orientación muy poco halagadora en relación a los felices resultados de la tasa o lastas como procedimiento conducente al abaratamiento deseado. El examen de esta afirmación, con el relato expositivo de datos terminantes y concretos, nos llevaría a un amplio estudio inapropiado a la índole usual de estos trabajos periodísticos.

No por ello omitiremos las palabras de un notable economista, por ser muy adecuadas al criterio por nosotros sustentado: «En un régimen capitalista—dice—, no estando en manos del Estado la producción y la distribución de los productos, no es posible obtener con la tasa el abaratamiento de las subsistencias, cuyo precio dependerá siempre de la ley de la oferta y de la demanda». El contenido de esta reflexión no puede ser más exacto. Atacar la carestía de la vida poniendo ante los precios un veto infranqueable, es atacar el efecto, no la causa. La causa radica más hondo, laten más subterráneamente sus raíces y hay que hacer la extirpación de éstas con máxima energía y decisión insuperable.

¿Que para conseguir tal objetivo precisa la poda radical de muy enmarañados intereses y de muy arraigadas conveniencias? No lo negamos... Pero ni el imperio de valores creados, ni las utilidades de avaras entidades, ni el immoderado afán de lucro

de los intermediarios sagaces e insaciables, ni toda la montaña enorme de convencionalismos caducos que hacen presa en el estómago de las muchedumbres famélicas, son razón suficiente para mantener un sistema económico socialmente repudiable y repudiado.

Todo lo demás será baldío, inútil... ¡U no ya sólo baldío e inútil, sino contraproducente para la finalidad perseguida, porque las reducciones de precios harán escasear los productos, y la escasez de los productos se derivará, irremisiblemente, en una nueva alza... Esta negativa consecuencia, este peligro de los esfuerzos infecundos, ya se atisba en varios mercados españoles, amenazando ensanchar el radio de su efecto. El instinto «comercial» imperante, con raras excepciones, es inagotable en recursos, en ingentisidades y ardidés, para rehuir todo quebranto que pueda traducirse en una merma insospechada del ingreso de sus arcas...

Ni la Ley de Subsistencias, tan popular y tan beneficiosa a desaprensivos vividores, ni las resoluciones posteriores de Pintés ni las juntas de Abastos por la concentración establecidas, dieron el resultado conveniente a los intereses del pueblo, yunque perpétuo de todas las torturas, de todas las humillaciones y de todas las befas. En cuanto a las recientes instrucciones del Directorio Militar, ya hemos esbozado algunos juicios, a cuyo fondo esencial nos concretamos. Es inaplazable la acción que corrija el reinante abuso; pero la acción de cauce ancho, hondo y consistente. En este asunto—en este sil—es donde hace falta una mano de bronce, el «cirujano de hierro» que preconizó Joaquín Costa en uno de sus rugidos más sublimes...

Para destruir los cimientos de la confabulación existente, para lograr poner un poco de orden, sólo un poco de orden, en el desenfreno de los explotadores que extienden sus tentáculos odiosos por todo el territorio nacional, sin un ápice de pudor ni un vislumbre rudimentario de ética, hay que emprender una obra de desgajamientos rectilíneos, de implacables audacias, que conduzca «ipso facto» al mejoramiento de la vida económica a que en la época actual se hallan inicuamente unidos, como una reata de idiotas o de autómatas, todos los ciudadanos españoles. No hay otro tratamiento ni hay otra receta; los restantes remedios serán siempre infecundos. ¡U los consumidores no hallarán tregua a sus gemidos, a sus lamentaciones eternas de inconsolables plañideras...

No procediendo en la forma expuesta, no conjurando la celada con mano dura, no aprovechando las circunstancias actuales para operar cruentamente, no reduciendo hasta el preciso límite la tozudez acaparadora, no marcando a los profesionales del agio una trayectoria de huida, continuaremos siendo aseateados desde las trincheras del egoísmo en que se parapetan los negociantes sin escrúpulo, sonriendo ladinamente, estrepitosamente, del caos de las tasas.

MANUEL CAMACHO BENEYTEZ.

PAJARITAS DE PAPEL

LA SEMENTERA

Es el mes de Octubre el mes de la siembra; la Tierra, mostrando su instinto de hembra, espera amorosa, tranquila y callada, el «divino instante» de ser fecundada.

Cayendo en los surcos va la «trea semilla», que, a la luz radiante del «oro Sol», brilla, lo mismo que antaño brillaba, endiosado de las «peluconas» el «disco dorado», que a menudo hacia acto de presencia, y que hoy, por desgracia, brilla, por su ausencia.

El grano, por artes para «ti ignoradas», se trueca en espléndidas espigas doradas, de las que, el pan nuestro para cada día tendrás, si lo pagas o alguien te lo fía, hecho con harina mezclada con yeso, amén de estar crudo y falto de peso, pues ante tamañas arbitrariedades, se encogen de hombros las autoridades.

A más de esta siembra de interés primario, hay otras que tienen valor secundario; pero que, no obstante, son, en mi opinión, dignas de que de ellas hagamos mención.

Hay quien predicando va un apostolado, con la fe encendida de un iluminado, buscando remedio para nuestros males, y haciendo copiosa siembra de ideales.

Y quien pendenciero, matón y vesánico, doquiera que vaya, va sembrando el pánico, sin mirar la efímera vida, que el Destino reserva al valiente, igual que al «buen vino».

Otros que se ufanan de su poderío, y miran a todos con cierto desvío, sin tener en cuenta, que, de esa manera, no hallarán ni el eco de una voz sincera, pues se ha dicho, desde remotas edades, que quien siembra vientos coge tempestades.

Y en fin, cuando un «diestro» consigue obtener una tarde de esas «a todo meter», celebrando el triunfo de su «apadrinao», sus «cofrades» dicen, ¡que ha estado sembrao!

TOMÁS ALMODOVAR.



RELIQUIAS DE PIEDRA



ALMAGRO.—Registramos hoy uno de los detalles escultóricos que honran el arsenal de las curiosidades artísticas almagresas, labrado sobre la portada de la Iglesia del Convento de Monjas de la Orden de Santo Domingo, construido a fines del siglo XVI.

DE AGRICULTURA

Levantemos los rastros

Hay problemas de fácil solución y que por apatía, incuria o abandono del campesino no se resuelven, ocasionándole perjuicios que muchas veces contribuyen a agudizar la crisis económica en que hoy se ve sumida la agricultura.

Hemos repetido hasta la saciedad que hoy, dadas las circunstancias excepcionales de los tiempos, hay que recurrir a todos los medios para salvar el fatídico déficit en toda empresa: los que no vayan sobre el caso, sucumbirán en la demanda, inadaptándose para trabajar en el oficio, profesión, industria o cargo para el que se está capacitado, perjudicándose el individuo, causando la ruina de su familia e infliriendo grave daño a la sociedad.

Entre las muchas labores que debe reformar el campesino, hay una de capital interés para las regiones castellanas, en donde el cultivo del cereal y la leguminosa son principales por su importancia: se trata del levantamiento de los rastros.

Generalmente los labradores, ocupados en las faenas de siega, trilla, limpia de los cereales y leguminosas, dejan los rastros tal como están hasta el otoño, o les prenden fuego.

Nosotros aconsejamos que se habitúen a levantarlos lo más pronto posible, por obtenerse las ventajas siguientes:

1.ª Le facilita la descomposición de los tallos y hojas que quedaron en el campo, sobre todo con las primeras lluvias.

2.ª Los granos que cayeron de los cereales y leguminosas, al germinar entonces, proporcionan pasto sabroso a los animales.

3.ª Las semillas de malas hierbas, enterradas al mismo tiempo, germinan igualmente, y al dar la labor siguiente, quedan destruidas definitivamente, lo que economiza escardas en primavera.

4.ª Permite aplicar y enterrar superficialmente los abonos químicos para el cultivo siguiente (caso de no dejar la tierra de barbecho.)

Ya ves pues, labrador, las múltiples ventajas que te reportará esta sencilla, operación de levantar los rastros «antes» que vengas las primeras lluvias de otoño, recientemente caídas sobre los campos. Es necesario corregir en lo sucesivo este abandono.

Hay que atender en la actualidad, repetimos machaconamente, a todos los medios, aunque parezcan sin importancia, para salvar la penuria y desgraciada situación presente del campesino español.

J. GARCIA SUÑER

Puebla del Duc-1923.

UN CAMARADA HA MUERTO

Rindamos al estimado amigo, al perito y hábil tipógrafo, que colaboraba con su trabajo manual en la confección de LA TIERRA HIDALGA, y que una rapidísima y terrible dolencia ha truncado el tallo de su vida, la fervorosa oración de fraternidad y de dolor que merecía y nos emociona profundamente. El fallecimiento de Antonio Ramos Montero, el obrero laborioso, prudente, contagiado como todos, por la simpatía de esta obra periodística en la que puso toda su ilusión y cifraba sus más cuidadosas tareas tipográficas, nos ha sorprendido con íntima impresión. La semana pasada, animoso y con una plenitud de vida, alegre y honesta, confeccionaba con nosotros este pan espiritual que fraternamente amasamos—Redactores y Obreros—en una hermandad de vivos y mutuos amores. Y como en nuestra casa, la egolátrica y pedante jerarquía de altos y de bajos, de señoritos y de pobres tiene la más sincera repugnancia, queremos que en esta primera plana de LA TIERRA HIDALGA, tenga la primacía que en nuestro corazón, el testimonio de pésame que nos inspira la muerte del querido camarada. Y todos juntos—obreritos manuales e intelectuales—que estrechamente unidos por el amor y por la fe laboramos y ponemos en esta función ideal de la prensa el trabajo y el alma, con sentida emoción rendimos a la memoria del compañero muerto la exquisita melodía de nuestro espíritu, vibrando de doloroso apenamiento y la rosa fragante y fresca del recuerdo imperecedero.

LA TIERRA HIDALGA se halla integrada por los siguientes redactores y colaboradores:

REDACCION: Manuel Camacho Beneytez, Director; David Rayo; Redactor-jefe; Mariano J. Hernández, Administrador; Tomás Almodovar, Rujo Fernández, Alberto López, Luis Buades, Rogelio Hernández de la Torre, Gabriel Vicente Ruiz Muñoz, Alfredo Calvo, Luis Relimpio, Ramón Cañizares, José Almodovar Múgica, Jesús Gómez Rodríguez, Alejandro Alcalde Redondo y Ramón Cabañas.

COLABORACION: Alejandro Alcalde, Carlos Galatayud, Graciano Guijarro, Angel Dotor, Francisco Tolsada, Luciano de Cea, Ramón Carande, Miguel Sánchez Migallón, Francisco Morayta, Arturo Gómez Lobo, Ramón Solano, Manuel Tomé, José López Barberán, Antonio Aguado Marín, Ramón Ordóñez Beixer, José Ramón Quesada, Claro Coello, Manuel Gómez Mourón, José Martínez Ruiz Mercedes Pinto, Manuel de los Ríos Mosquera y Antonio Alarcón Capilla.